de las provincias convocadas que se hallaron más culpados, perdonando a los otros que no lo eran tanto, y puso en aquélla gobernador que lo reconociese, y a todos los demás envió a sus casas; y en este Tzompan se acabó la casta y descendencia de sus primeros pobladores, descendientes de la casta de Xolotl, cuya hija (como hemos dicho) había sido señora y reina de aquella provincia.

CAPÍTULO VIII. *Del orden que Techotlalatzin, emperador, puso en el gobierno de su imperio*

OMO YA LAS GENTES ERAN TANTAS y los señores de ellos muchos había ya gran confusión entre estos reinos que se nombran de las cuatro naciones (conviene a saber): aculhuas, metzotecas (que son los chichimecas), tepanecas y culhuas. Y como en todas las cosas confusas no puede haber orden ni concierto, así pasaba entre estos indios; por lo cual el emperador Techotlalatzin, que era hombre prudente, ordenó veinte y seis cabezas de reinos y provincias principales, para que siendo reyes y señores le ayudasen, así en el gobierno particular que cada uno tenía en el suyo, como también para que defendiesen juntamente con él todo el imperio; para lo cual confirmó a los que ya eran reyes en el señorío de sus reinos y a los que no lo eran, nombrándolos de nuevo. De manera que llegaron todos éstos a cumplir el número de veinte y seis (como dejamos dicho) y todos le reconocían con feudo y vasallaje.

Después que este sabio emperador hizo este repartimiento con que dejó las provincias y reinos en paz y concierto, usó de otra manera de prudencia, muy necesaria para el mayor seguro de su intento, y fue que después de haber hecho estos repartimientos trajo a su corte las cuatro cabezas mayores, para que en ella asistiesen. Y en su palacio instituyó cuatro oficios, en los cuales puso cuatro oficiales de sus más conjuntos y deudos; el uno llamado Tetlahto, al cual hizo capitán general y consejero de las guerras y díole por sus acompañados a los señores aculhuas. Al segundo, llamado Yolqui, le dio título de embajador mayor, el cual tenía por oficio de recibir todos los embajadores que venían de los reinos y provincias de esta Nueva España; el cual los regalaba y aposentaba, conforme a la calidad y suerte de cada uno; al cual dio por acompañados a los señores culhuas. A otro llamado Tlami hizo mayordomo mayor de su casa y reinos, al cual dio por acompañados a los señores metzotecas, otomíes o chichimecas. Al cuarto llamado Amechichi hizo su camarero, el cual tenía cuenta de todo lo interior de su palacio y por sus acompañados a los señores tepanecas.

Aunque a estos señores les había cuadrado mucho el primer repartimiento de haberlos hecho reyes de reinos y provincias grandes, aguóseles este contento con este segundo repartimiento que hizo; porque aunque eran reyes no les dejaba ir a gozar de sus reinos, que fue una de las grandes

astucias que este emperador pudo tener para asegurarse de todos. Había también entre estos señores otro muy grande que se llamaba Cohuatl, y por ocuparle, le hizo sobre estante de todas las gentes que labraban oro y pluma y otras cosas necesarias para su palacio y casa; el cual presidía a los de Ocolco, que era un pueblo cerca de este de Tetzcuco donde estas cosas se labraban; y llegó a tanta grandeza este emperador, que las armas que se había de poner y vestidos que había de sacar en las fiestas y días públicos, ya no eran labrados ni hechos por manos de gente común, sino que los hijos de este señor Cohuatl (que habían aprendido el arte para sólo esto) los hacían.

Pasado algún tiempo que este rey y señor se sirvió por el orden y manera dicha, teniendo por asistentes en su corte y palacio todos estos señores nombrados, ordenó otras treinta y nueve provincias, en las cuales puso señores de nuevo que las rigiesen y gobernasen; las cuales juntas con las veinte y seis primeras, hacen número de sesenta y cinco, cuyas cabezas, todas por este tiempo, reconocían al emperador Techotlalatzin. Y para más asegurar su monarquía usó de otra, no menos sabia que prudente, astucia y fue que repartió el suelo de toda la tierra por parcialidades de tal manera que en cada pueblo, conforme la cantidad y número de gente que tenía, así hacía la repartición de las gentes; de tal manera que si en un pueblo tepaneca había seis mil vecinos, sacaba los dos mil de allí y pasábalos a otro pueblo metzoteca o chichimeca y de aquel dicho pueblo metzoteca sacaba aquellos dos mil vecinos, que había traído y los pasaba al pueblo tepaneco, de donde los otros dos mil había sacado. Y si el pueblo tenía dos mil, quitábales el quinto y pasábalos a otra nación contraria; y de aquella sacaba el mismo número y pasábalo a estotra parte, donde aquél había salido; y el señor de Tepaneco, que lo era de aquel pueblo donde habían sacado aquellos dos mil vecinos, aunque no los tenía en el mismo pueblo donde era señor, reconocíalos por suyos en la otra parte donde estaban y lo mismo hacía el culhua, el metzoteca, chichimeca y el aculhua; de manera que aunque tenían el número de su gente señalado, no los tenían todos en las partes de su señorío, sino mezclados unos con otros; porque si se quisiesen rebelar los de la una familia, no hallasen parciales y propicios a los de la otra. De esta manera vivió en paz y sosiego; y se sirvió como gran señor hasta que acabó los días de su vida; habiendo sido príncipe y monarca de este imperio y monarquía de Aculhuacan, espacio y tiempo de ciento y cuatro años.